

momias teóricas de la pre-crisis que están convencidos que «la salvación de la izquierda» pasa por el género curioso de los comentarios filológicos a los clásicos comentaristas de los comentarios revolucionarios de Marx, o por el siempre indecente espectáculo de rasgarse las vestiduras en público por noticias políticas con menos porvenir que un kleenex, practicando a costa de sucesos periodísticos de exclusivo uso casero rabieta de un dudoso lirismo lacrimógeno. Además de aquellos lúdicos *síntomas terciarios* que tanto les escandalizan —y no es del todo ocioso advertir de paso que tampoco aquí somos lo que se dice diferentes, que esas célebres manías consumísticas son idénticas a las que se practican por el resto del Occidente: gastronomía, serie negra, industria de lo retro, vuelta a la narración al cabo del día del vanguardismo, etcétera— también es necesario registrar en el haber —no en el deber— de la *desmovilización política* el arrollador auge de las nuevas *movilizaciones sociales*, protagonizadas por grupos nacidos y desaparecidos al margen de los partidos políticos —muchas veces como reacción a ellos— y con unas características críticas o de lucha que nada tienen que ver con los viejos proyectos revolucionarios de la era del primer industrialismo. Me refiero, claro, a los movimientos ecologistas, al asociacionismo ciudadano, a la acción antinuclear, a los nacionalismos videntes, a los grupos autónomos, a la agitación feminista, gay, juvenil, marginal, suburbial, radical, a la defensa de los derechos de los consumidores, a las protestas «salvajes» contra la represión, el paro, las guerras tercermundistas.

Ellos son los verdaderos protagonistas de las nuevas luchas sociales: los huérfanos de la Revolución. Energía social arrolladora sin sujeto ni objeto conocidos. Masas en ira que no van, ni ven, más allá del instante y de lo cotidiano. Masas sin pasado, sin destino, sin conciencia de clase, sin espacio histórico definido, sin respuestas totalizantes, sin preguntas universales. Ateísmo político que ha renunciado a la toma del Poder, pero cuya sola presencia callejera desenmascara al simulacro de la ocultación de los poderes.

Fragmentación del *todo* político de la gran política, en mil pedazos alternativos, reivindicativos, también separados por *asteriscos*: por sexos, por edades, por barrios, por jergas, por guerras, por contaminaciones, por gustos, por signos. Insurgencias plurales, minúsculas, cotidianas, anónimas, transideológicas: escandalosa-

mente modestas en sus contenidos, pero estridentes en las formas. Representaciones revolucionarias que nacen y mueren para una sola función, sólo para causas perdidas. Revueltas sin Revolución.

Los funerales de la política grande

Bastante más allá de la calle de la moda es donde hay que situar el fenómeno de las rupturas sucesivas y decisivas que desbloquearon la mirada de aquel hombre con atributos históricos desmesurados. Porque la «muerte de lo político» no es, como por estos pagos nos quieren hacer creer los que aún no han sentido en sus retinas el ensordecedor ruido de las mutaciones que nos llevaron de los prolegómenos de la sociedad de la producción a las postrimerías de la segunda revolución industrial; no es, digo, un bien urdido truco de los Gorz, Pasquino, Trontix, Foucault, Baudrillard, Toffler, Daniel o Touraine. Que basta prestar un poco de atención «distráida» a las pancartas de esas nuevas insurrecciones callejeras para entender que no sólo se trata de conjuros contra la OTAN, la colza, Rosón, el terrorismo, Lemóniz, el machismo, los USA o la LOAPA, sino de llamativas actas de defunción de aquel lenguaje político de izquierdas encerrado en sus propias evidencias, esferoide, expicalotodo, sembrado de mayúsculas y singulares. Esos pareados contra el centralismo político que gritan son también el requiescat in pace del centralismo de *lo* político. Reivindican asuntos simples, incluso simplones, porque intuyen en la esquina la sombra de la complejidad. Prefieren recorrer en manifestación efímera la acera de lo cotidiano que emprender la larga marcha suicida por el laberinto de las utopías que al final se muerden la cola. Y cuando en su camino alternativo encuentran un muro inesperado y ocurre a menudo, lo ven «no como un obstáculo que hay que superar, sino como una superficie que hay que descifrar». Escaldados de tanta historia, estos huérfanos de la Revolución son conscientes de que en estos instantes resulta más útil comprender un solo fragmento del mundo que la vana pretensión de querer cambiarlo todo.

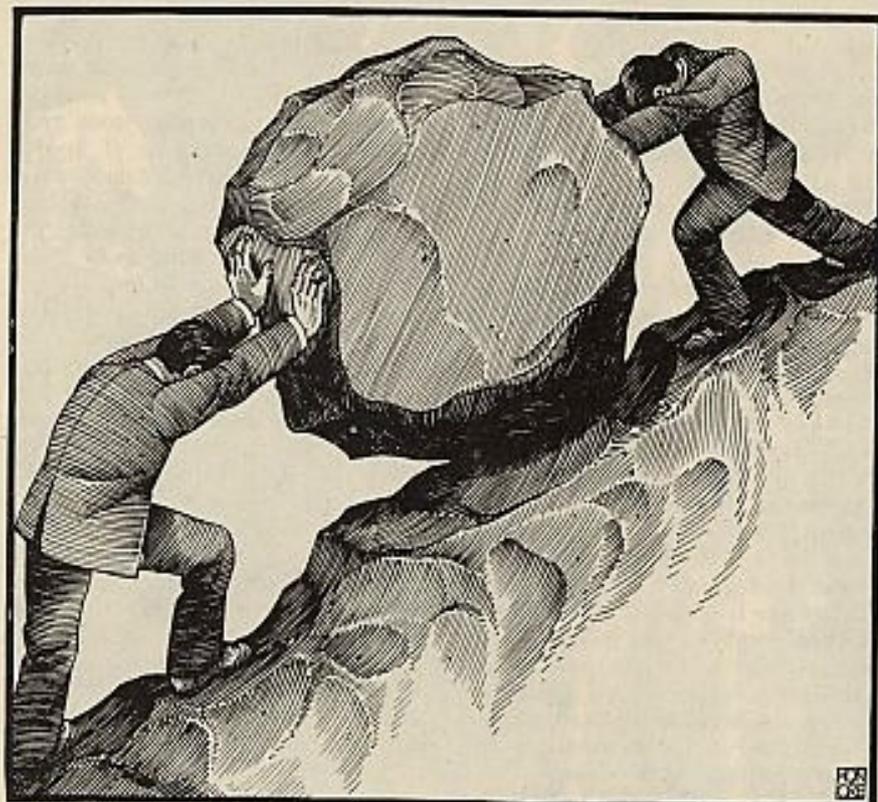
Unos y otros, los desencantados lúdicos y los ateos políticos, andan por la vida de *santa compañía*. Nos anuncian los funerales de la política grande. ■ J. C.

A

LGUNOS sociólogos de la historia piensan que es oportuno dar por terminada la era de las revoluciones en Europa. Dado el apego

de los relatores de la historia a considerar las etapas de la Humanidad entre dos fechas, la era de las revoluciones llevaría las de 1647-1939: desde que Cromwell prendía al Rey de Inglaterra hasta que Franco dominó en España. Algunos acontecimientos posteriores serían tardíos, o interpretados de otras maneras: la revolución aplastada en Grecia sería un ajuste de cuentas de la II Guerra Mundial, la de abril en Portugal la simple muerte natural del último fascismo de Europa —por lo menos, del último fascismo de la primera serie—, la de mayo en París, 1968, un brillante episodio intelectual... Se está hablando, naturalmente, de las revoluciones en el sentido estricto del intento de derribar por la fuerza un sistema de gobierno, una forma de estado, un determinado predominio de una sociedad. Es decir, de lo que ha sucedido hace poco tiempo en Irán, de lo que a veces sucede en algún país africano, asiático, americano. Hay otro tipo de revoluciones. La definición de la palabra es muy amplia. Para Gaston Bouthoul, por ejemplo, la revolución es un intento de armonizar las instituciones con las mentalidades, y es una frase bastante exacta.

Las instituciones suelen ser conservadoras, las mentalidades en cambio progresan con arreglo a una dinámica de vida más veloz. En esa acepción, lo sucedido en España a la muerte de Franco y en los años inmediatamente posteriores sería una revolución; mentalidades más acordes con nuevos sistemas de vida —y en esto no hay que distinguir exactamente izquierda y derecha— deshacen instituciones de contención y represión y las sustituyen por otras. Sería también una revolución lo que está sucediendo en Polonia: el orden antiguo —el *ancien régime*, como se decía en el vocabulario de las revoluciones— no recibe al impulso de las mentalidades nuevas. Pero en los dos ejemplos aparece, también, algo de la imposibilidad de las revoluciones en la Europa contemporánea: la aparición del compromiso. En España se discutía entonces en otros términos, en otro vocabulario, entre la *ruptura* y la *reforma*; las fuerzas que detentaban en el poder —y que siguen hoy en pie, y



EL ESTADO ACTUAL DE LA REVOLUCION

EDUARDO HARO TECGLÉN

probablemente con más fuerza que entonces, porque han superado el primer susto— impedian y siguen impidiendo esta armonización entre mentalidades e instituciones. Y si en Polonia la relación de fuerzas —de fuerzas armadas: simple y claramente, de armas— no fuera como es, el régimen comunista habría sido barrido ya. El término revolución ampara, por lo tanto, una serie de conceptos: desde la revolución violenta hasta estos plácidos movimientos internos que llamamos revolución: la revolución industrial, la revolución técnica, la revolución electrónica. O hasta la revolución sexual, la revolución feminista, la revolución juvenil.

Parece que, en un principio, todo está en relación: sobre todo si se toma como exacta la definición de Boutoul. Para que suceda la revolución violenta es preciso que vaya madurando la nueva mentalidad a lo largo de un cierto período de tiempo. Las autoridades vigilantes y sospechosas en la época de las revoluciones —si-

guen siéndolo— detectaban, antes de que sucediese nada, las llamadas «ideas revolucionarias». Es decir, la expresión de juicios, opiniones, reflexiones, por cualquiera de los medios posibles en cada momento, que discordaban de las instituciones y de su actuación en la vida diaria. Problema de intelectuales, que por eso han tenido siempre la enemistad del poder —de cualquier poder—. Pero esas ideas revolucionarias iban manifestándose poco a poco en distintos sucesos: huelgas, concentraciones, motines, algaradas, revueltas... O asonadas, tumultos, sediciones, manifestaciones, desórdenes... Hay un largo vocabulario, más o menos ajustado a situaciones precisas, para describir la serie de hechos que iban madurando la revolución. En general: una condición de oprimidos por el uso y el abuso de las instituciones comenzaba a producirse contra ellas; se producían las represiones, y estas represiones, a su vez, engendraban nuevos hechos violentos hasta llegar a la revolución. La géne-

sis de la Revolución francesa, la de la rusa, se puede rastrear en todos los años anteriores, a veces en los siglos anteriores.

Hay otra clase de revoluciones en las que más o menos indirectamente, y sin saber hasta dónde pueden llegar los movimientos, colabora el poder contra el cual se van a alzar. Son las revoluciones más características de nuestro tiempo, dentro de la serie de la no violencia. La revolución de la información, por ejemplo: son los mismos poderes los que abren ahora la mayor cantidad posible de canales a la información, y los que intentan controlarlos: hagan lo que hagan, por esos canales llega la nueva mentalidad. La censura no vale, y ésta es una de las grandes enseñanzas de nuestro tiempo. El ejemplo tragicómico del episodio de la Televisión Española que ha tenido como protagonista-victima a Fernando Castedo es uno de los ejemplos. A pesar de todos los controles de la comisión parlamentaria, del Consejo de Administración, del nombramiento de un miembro del partido gobernante, ha sido imposible sujetar una serie de informaciones de todo tipo —y las políticas son las menos citadas en los pliegos de cargo: no sólo por la hipocresía, sino porque las informaciones de tipo sexual o social han sido las que más han preocupado a ciertas instituciones—. Toda nuestra época está llena de estos episodios. La revolución turística en España: no se ha evaluado lo suficientemente su importancia en la evolución de las mentalidades españolas. El Estado no sólo se abre al turismo, en contradicción con su política cuidadosa de ghetto y aislamiento del español, sino que lo fomentaba por todos los medios posibles, y los millones de turistas que llegaban cada año a España iban impregnando de novedad los viejos pueblos sobre los que se vertía. Una de las grandes revoluciones europeas —en este sentido— ha sido la del consumo, o la del *consumismo*. Los países consumistas han ido haciendo desaparecer las sociedades puritanas, restrictivas o intolerantes. Para que el ciudadano consuma debe tener la sensación de ser libre: cuando advierte que su libertad se reduce a adquirir y sustituir, sobre todo en lo referente a las costumbres, y numerosos países han levantado las prohibiciones que durante años formaban parte de su esencia, sobre todo en lo referente a la sexualidad; y ha aumentado la sensación de democracia. Los dirigentes de la industria que fueron siempre contrarios a las ideas de tolerancia y preconizadores de las sociedades cerradas, como consecuencia de su con-

servadurismo, son ahora partidarios de la tolerancia.

Todo este profundo cambio social es el que ha hecho teóricamente imposibles las revoluciones en Europa. Pero no deberíamos dejarnos llevar solamente de la definición de revolución como intento de armonizar instituciones con mentalidades. Las sucedidas en Europa en los tres siglos que van desde Cromwell a Franco, las fallidas como las ganadas, tienen una base mucho más directa, mucho más clara: el hambre, el estado de necesidad.

Los Estados fuertes del antiguo régimen concentraban esa fuerza, o ese conjunto de fuerzas, precisamente para contener y reprimir a los faltos de comida, a los necesitados de las diversas hambres que pueden contabilizarse. No era sólo la fuerza de las armas, aunque fuese decisiva: era una divinización del poder, escalonada en una serie de protocolos: una utilización de los factores religiosos —todo poder viene de Dios—, pero también la glorificación póstuma del humilde y el menesteroso, como elegido de los dioses para una vida futura a condición de que permaneciese tranquilamente en ese estado—, unas leyes especialmente puntillosas en materias de desacato o de lesa majestad. La tolerancia, la reducción del abuso de la fuerza, la reducción de las prohibiciones religiosas, la permisividad sexual —es lógico que el estado controlase los placeres como tales, pero también la producción de vida que necesitaba para sus ejércitos y su mano de obra— han ido cediendo por varias razones. Una de ellas, quizá la principal, es la de los tres siglos de revoluciones: las fallidas por las ganadas, todas ellas han conducido a los poderes acaparadores a un cierto estado de miedo y una obligación de reparto. Rosa Luxemburgo decía que el «camino del socialismo está empedrado de derrotas»: es decir, que a cada revolución fracasada, dominada o ahogada en sangre corresponde un progreso real en el retroceso del Estado absoluto (fue una de sus últimas frases, en el artículo «El orden reina en Berlín»: días después fue asesinada, y sin duda esa derrota de Rosa Luxemburgo contribuyó al empedrado de un camino de libertades posteriores). Otra de las revoluciones industriales, técnicas, científicas, electrónicas: han posibilitado que el estado de necesidad sea menor para el menor número de personas. Pero es imposible decir si ese camino emprendido por esas revoluciones ha estado impulsado y dirigido por el miedo a las otras. La tercera razón es

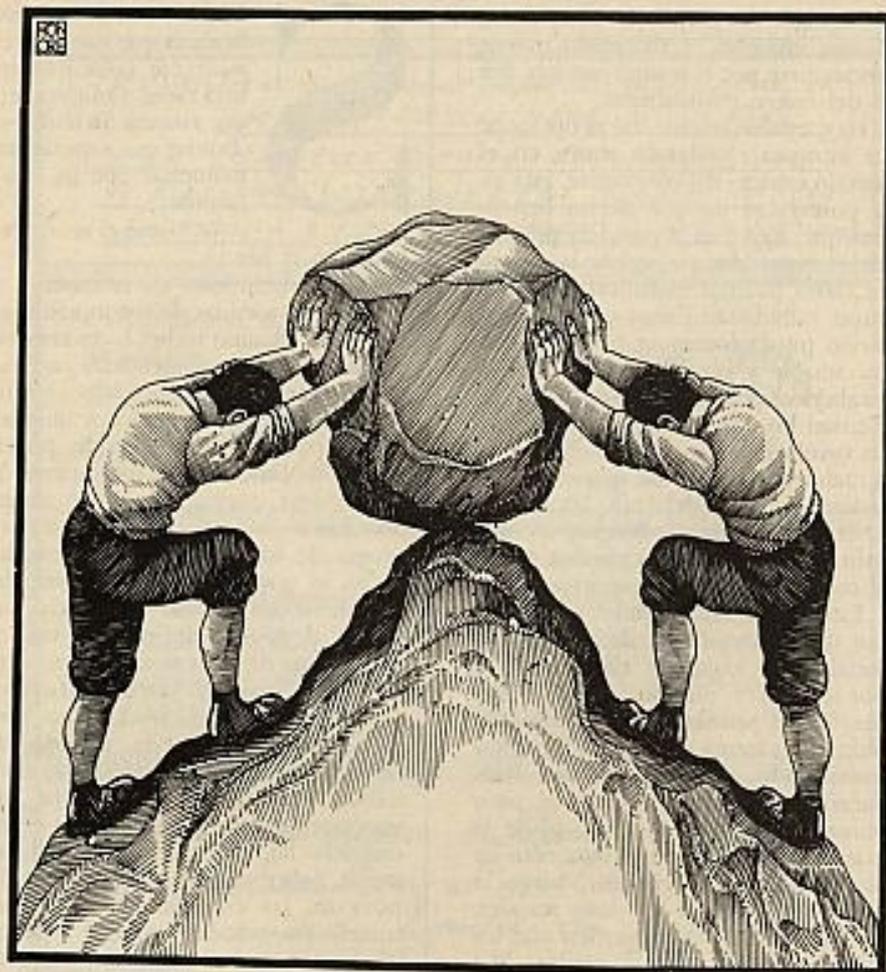
la de la exportación de la miseria y la necesidad.

No es, evidentemente, por una razón de tiempo histórico —naciones más adelantadas o naciones más atrasadas: es una abstracción porque no se sabe con respecto a qué se puede hablar de adelanto o retraso, ni siquiera se sabe si el futuro va en un sentido o en otro— por el cual las revoluciones existen en lo que llamamos naciones del tercer mundo, o naciones proletarias, y se han hecho imposibles en el mundo desarrollado, industrializado o moderno. Se suele decir que una parte de la imposibilidad de las revoluciones en Europa se debe al perfeccionamiento técnico de la represión, desde las formas de ficheros y controles hasta la de las armas antidisturbios y la multiplicación de las fuerzas policíacas. La realidad es que la panoplia europea contrarrevolucionaria es infinitamente más débil que los recursos que tienen a su alcance los autócratas del tercer mundo, donde cualquier escrúpulo ha desaparecido, y las mazmorras, las torturas, los asesinatos diarios, las arbitrariedades son más fuertes que en ningún país europeo. Los instintos del poder autocrático y del orden antiguo lo saben perfectamente cuando rechazan todas las ventajas de represión —incluyendo la psicológica, incluyendo la de persuasión— que les ofrece la sociedad contemporánea y reclaman a gritos la vuelta a la «mano dura». No hay que creer a los utopistas negativos que describen las dictaduras del futuro como sonrientes extorsiones a la masa, a la manera del «Mundo feliz» o de «1984»: la última verdad está en los campos de concentración, las ejecuciones sumarias, las brutalidades y las arbitrariedades. Y, sin embargo, los estados que practican cualquiera de esos sistemas no están a salvo de la revolución cuando el estado de necesidad es absoluto. El Sha del Irán disponía de todos los medios: desde la represión brutal y la pena de muerte hasta los refinados servicios de la informática: y sin embargo fue derribado. Jomeini dispone de toda la panoplia de los poderes antiguos: la religión, las represiones de la sexualidad, las manos cortadas, las cárceles infinitas, las ejecuciones a ritmo diario. Y, sin embargo, la revolución se está produciendo.

Lo que ha ocurrido en Europa es, pura y simplemente, que lo que los viejos marxistas llamaban «lucha de clases» la ha exportado fuera de sí misma. Es decir: ha hecho evolucionar el imperialismo con arreglo a un modelo ingeniosamente inventado por los Estados Unidos, quizá por razones de

evolución de su historia. Los imperialismos estaban diseñados, aunque ya fuesen democracias capitalistas quienes los ejercían, a la manera antigua: unas compañías privadas, unos grupos financieros obtenían el apoyo militar y burocrático del Estado para explotar las riquezas de otros países que no tenían suficiente capacidad de defensa. Los beneficios eran para ellos; pero los gastos, el pago, eran para el pueblo. Todo lector de Dickens sabe lo que eran los «docks» de Londres: unos lugares de infinita pobreza, de miseria de toda índole, por donde llegaban y pasaban sin dejar nada los enormes cargamentos de la India o de Egipto que permitían la existencia de la clase más ociosa y más lujosa que haya conocido la historia. A lo más que podía aspirar el pueblo era a formar parte de los colonos. Es decir, de quienes iban, con dificultades tremendas o pagando con sus vidas, a participar de la explotación de esos otros pueblos. A fin de cuentas, los británicos o los franceses no hacían más que copiar un sistema que había inventado España en la colonización de América. Las mesnadas que partían hacia América han quedado en la historia glorificadas como ejemplo de valor y de heroísmo— a los paganos, como ilustres portadores de cultura que llevaban hasta allí la herencia romana, el idioma, el libro... Pero el oro que llegaba en los galeones —y las especias, y las riquezas de otros tipos— no era, naturalmente, para ellos. Llegaba al puerto de Sevilla y pasaba sin dejar rastros hasta llegar a la corte y a la nobleza.

El ingenio de nuestro tiempo ha consistido en darnos a todos nuestra parte del botín. Los europeos —y en este sentido puede hablarse también de los ciudadanos de Estados Unidos; y podría ampliarse hacia la otra parte de Europa que llamamos el Este, aunque en ella las formas de explotación y reparto van por otros caminos —hemos empezado a repartirnos, sobre todo a partir de la segunda guerra mundial, los beneficios de las materias primas y del abuso de la mano de obra pagada a precios de semiesclavitud de los países conquistados, a través de un sistema que se ha llamado descolonización y de unos regímenes que parecen elegidos por autodeterminación. En esta complicidad hemos entrado todos, y con ella estamos pagando nuestras revoluciones pacíficas —la técnica, la industrial, la científica, la de información... El espíritu de las revoluciones se detiene cuando se trata de llevar sus beneficios a otros. El espíritu de la revolución americana —la de la declaración



de derechos del hombre, la de las frases solemnes de la independencia se detuvo cuando había que aplicarla a los indios sioux o a los esclavos, dentro mismo del territorio; y cuando se trató de arrancar trozos a Méjico o a Panamá, o de arrancarles riquezas a los otros países del mismo continente —después de otros—. La historia de la Revolución francesa nos cuenta lo que pasó en Haití: cuando los colonizados recibieron, con el retraso propio de la época, la noticia de que había caído la monarquía absoluta y de que aparecían ideas de libertad, igualdad y fraternidad, se revolucionaron a su vez; y fueron los revolucionarios franceses los que acabaron, con sangre, con ese sueño de que la Revolución es para todos.

La izquierda europea ha parecido ser muy sensible a estas formas de colonización y descolonización. Está todavía en la memoria el sobresalto de los nuevos enciclopedistas franceses, de las gentes de conciencia, por las últimas guerras coloniales de su país: las de Indochina y Argelia. Ese sobresalto estaba en relación directa con su obligación de ir a combatir y pagar mayores impuestos. Poco des-

pués sucedió lo mismo en los Estados Unidos con la guerra del Vietnam. No hay, sin embargo, ningún sobresalto en continuar explotando en esta forma de bienestar común europeo a los países donde no hay necesidad de combatir, porque tienen ya regímenes vicarios que forman parte de la contrarrevolución. Los partidos de la izquierda son, en este caso, tan mudos como los de la derecha. Es cierto que hay sobresaltos de conciencia por ciertas situaciones, como las de Argentina o Chile. En estos momentos, por la de El Salvador. Pero si se rasca esa conciencia un poco se verá que lo que se pretende es evitar el riesgo de revoluciones demasiado graves; buscar unos regímenes apacibles y discretos, y seguir contando con el estaño, el café, el petróleo o el azúcar. Para que también en Europa sean imposibles las revoluciones. En algunos partidos de la izquierda europea está muy arraigada esa mentalidad: la acusación de «tercermundismo» a quien se preocupa demasiado de ese tipo de problemas es descalificadora.

La evolución a la derecha de los partidos izquierdistas europeos es, por consiguiente, un factor de aleja-

miento de las revoluciones. Pueden confundirse como se quieran causas y efectos. Podría suceder que el relativo bienestar producido en Europa por el nuevo reparto colonial multiplicado por las revoluciones científicas y técnicas haya desarmado el revolucionarismo de los partidos de la izquierda; podría ser, también, que el retroceso de esos partidos haya permitido y esté permitiendo la nueva explotación. Es igual. El hecho es que la explotación se ha exportado y que la idea de lucha de clases ya no es admisible cuando se trata de naciones proletarias frente a naciones desarrolladas.

Como consecuencia de todo ello ha fracasado también lo que se suele llamar «modelo revolucionario». Una idea que siempre ha sostenido Toynbee es la de que las revoluciones son miméticas. «Las revoluciones pueden definirse —dice en su «Estudio de la historia»— como actos de mimesis retardados y relativamente violentos». «Toda revolución se refiere a algo que ha ocurrido ya en otra parte; y cuando se estudia una revolución en su situación histórica se ve claramente que no habría ocurrido nunca por sí misma si no hubiese sido provocada por un juego anterior de fuerzas externas.» Por ejemplo, no habría habido Revolución Francesa de no haber existido antes la de los Estados Unidos y la de Inglaterra... Esto es en parte cierto porque se puede aplicar a todos los acontecimientos históricos de cualquier índole, e incluso a los individuales (todo acto determinado de un individuo no ocurriría si no hubiese sido precedido por otros actos similares...) pero reducirlo a ello no sería más que un conservadurismo sin sentido real. En realidad, cada revolución como cada suceso histórico es hijo de sí mismo y tiene su individualización, sus rasgos propios. Y la verdad es que cada revolución anula otras revoluciones posibles de la misma índole, porque segrega las defensas contrarrevolucionarias. No ha habido más que una Cuba, como no ha habido más que un Vietnam; cuando Cuba ha querido exportar su propia revolución, en la patética aventura de Ernesto Guevara (el «Che»), y hasta multiplicar el suceso de Vietnam, no lo ha conseguido; ha fracasado. Por una parte, porque las fuerzas contrarrevolucionarias han aprendido, han recibido su vacuna; por otra, porque los acontecimientos que conducen a una revolución son absolutamente propios. El Irán es irrepetible. Podrá haber una ola de sobresaltos y revoluciones musulmanas, de reivindicaciones islámicas; pero la situación geográfica, económica, polí-

tica y social del Vietnam, la personalidad de Jomeini, las fuerzas fronterizas, etcétera, no se pueden repetir exactamente igual en ninguna otra parte del globo.

Uno de los errores comunistas ha sido durante años el de querer que su carácter revolucionario fuese «científico». Se producían unas determinadas «condiciones objetivas», unas «relaciones de fuerzas», aparecía el partido como «Vanguardia del proletariado», y la revolución surgía. Jamás ha sucedido así más que una vez, y esa vez surgió contra todas las previsiones científicas (en la Rusia casi medieval, agrícola y analfabeta en lugar de en la Alemania industrializada y culta). Han tenido que pasar muchos años para que algunos partidos —los llamados «eurocomunistas»— reconozcan que, sin perder su admiración por 1917, aquello fue algo irreplicable.

Lo que no puede predecirse de ninguna manera es si el estado de las revoluciones permanentes, patrocinadas por los estados y compartidas por las oposiciones —la técnica, o la sexual, o la consumista...— va a abolir para siempre las revoluciones en Europa y a sustituirlas por otra forma de evolución; entre otras razones, porque no puede predecirse cuál será el desarrollo del estado revolucionario en las naciones proletarias, en las naciones que están ahora practicando la lucha de clases. Todo el esfuerzo actual de Reagan —o de la doctrina de una parte de los Estados Unidos que se representa por Reagan— consiste estrictamente en eso: luchar contra las revoluciones del tercer mundo, o de las naciones proletarias, y volver a un orden en el que las materias primas y la mano de obra barata siga favoreciendo a las clases dominantes que somos todos los demás. La desviación de esta contrarrevolución hacia la Unión Soviética tiene un sentido evidente: la Unión Soviética tiene menos necesidad que Occidente de las materias primas y la mano de obra barata que producen esos países, porque su sistema económico y su medio de explotación de riqueza y trabajo es otro; por lo tanto, puede agitar a esas naciones proletarias y ayudar sus revoluciones, aunque sólo sea con el objetivo de reducir la potencia de su enemigo occidental. Es por lo tanto preciso asegurarse en primer lugar que la Unión Soviética no va a proseguir lo que se llama «su expansión»: es decir, que no va a intervenir en los países de interés vital —económico— para occidente, y no se puede conseguir por la negociación, hay que conseguirlo por una elevación del clima

de castigo. Asegurada la inmovilidad de ese enemigo, o destruido, puede proseguirse por el mismo camino. Por el del nuevo colonialismo.

Hay, evidentemente, otras opciones. La europea, hablando ahora en el sentido estricto del continente, está en la posibilidad de que ciertos beneficios que aquí han terminado por ser mejor repartidos y eliminar la guerra de clases puedan extenderse hacia el tercer mundo. Es decir, que la explotación pueda continuar pero por una vía amable y complaciente, y que la escala ricos-pobres sea menos drástica. Piensan los europeos que eso evitaría las revoluciones no sólo posibles, sino actualmente reales: las que están sucediendo ya. Las del Irán, Nicaragua, El Salvador, Libia... Porque, de otra forma, las revoluciones pueden volver al continente que las exportó.

Estamos ya atravesando, en efecto, por un nuevo período de alteraciones sociales. La lucha de clases iniciada por el tercer mundo, a partir del desafío del petróleo, está amenazando todo este sistema de relativo bienestar que se había inventado Europa. Reaparece la escasez, reaparece el paro obrero —aumentado por el uso de la nueva electrónica— en el momento en que hay menos a repartir, surge la antigua tirantez de las clases sociales, puesto que de nuevo pierden más los que tienen menos que perder... La tendencia puede observarse en algunos movimientos electorales, como el de Francia y el de Grecia: las poblaciones que antes, dentro del bienestar o del consumismo —relativo, claro, a sus propias economías— preferían la calma burguesa que les ofrecía la derecha, están cambiando el sentido de su voto. Parte de la izquierda organizada se ha quedado sin sentido: había renunciado ya al revolucionarismo, a las reivindicaciones sociales; estaba limitándose a ofrecer un automóvil un poco mejor o un frigorífico nuevo, una escuela algo más luminosa y libre, pero había adjurado de sus antiguas ideologías. Ha perdido su clientela. El otro fenómeno adverso es el de la reaparición de los fascismos; en el momento en que puede aparecer siquiera un conato de la antigua lucha de clases, la derecha rearma al fascismo. Esto es especialmente visible en España o en Portugal, cuyas economías son muy peculiares y cuyos fascismos son muy recientes.

Por eso no puede excluirse que en un futuro, aún lejano, un cierto revolucionarismo vuelva a aparecer en Europa, con toda su panoplia ideológica, con todas sus invocaciones filosóficas. ■ E.H.T.

SEREMOS dos —mintió. Si decía que iba solo, el *maitre* le colocaría en una mesa diminuta, en un rincón invisible—. Tendré que esperar un momento: me he adelantado.

—¿Quiere el señor esperar en el bar...?

—No, directamente en la mesa.

Enormes cortinas de terciopelo rojo desde un altísimo techo, luces tenues, plantas naturales alimentadas con rayos infrarrojos. Música de fondo. «Para nuevos ricos», pensó. A quienes se les puede haber ocurrido poner música de fondo en un restaurante. Y un perfume: quemaban sándalo, o algo así. Lo suficiente para destruir el aroma de los platos. Ya las señoras hacen lo que pueden cargándose de perfumes: un exceso de Diorissimo puede destrozarse definitivamente el ajo sublime de unas setas provenzales, un Chanel número cinco destruye el más fino *foie-gras* de las Landas. Y si se llega un poco tarde, cuando en otras mesas han terminado de comer, todo se mezcla con la peste de los enormes cigarrillos que una dama especializada ha ido ofreciendo por las mesas. Sobre todo, en el almuerzo: la hora de las comidas de negocios, cuando los grandes horteras españoles invitan a los extranjeros de las multinacionales, les ceban, les sugieren los platos de la carta fijándose primero en el precio, con un rápido vistazo a la columna de la derecha, para que todo sea carísimo. Quizás es lo que ellos esperan con ansiedad, para medir la fuerza de su anfitrión. Tampoco debe importarle mucho lo que van a comer; si no, no empezarían con la costumbre bárbara del cocktail —el cóctel, como escribiría «El País», que para no respetar otras instituciones tiene que empezar respetando a la Academia—; como si con el paladar anestesiado por dos, tres copas de ginebra adulteradas, acorchado sin remedio, se pudiera estimar en todo su valor la fina lámina de Jabugo. Y aún había que contar con el candelabro, y las velas ominosamente perfumadas, para dar la sensación de lo antiguo: lo sólido, lo auténtico. Como si los antiguos se alumbraran con velas por placer, y no por necesidad.

El mozo había aderezado la mesa para dos: algo de plata, algo de flores, una batería de copas de cristal ambarino —otra barbarie: nunca se podría apreciar el verdadero color del vino—, unos rabanillos demasiado tiernos y una mantequilla demasiado dura —desgraciadamente sacada del refrige-